

Limézy! En cuanto aparece él, todo se arregla. Los acontecimientos se portan como buenos chicos y el drama termina en risa y buen humor.

Raúl da otro paseíto. Luego, inclinándose hacia la joven, le dice:

—¿Por qué llora, Aurelia? Todas esas cosas repugnantes han terminado; el mismo Marescal se inclina ante una inocencia reconocida por él. No llore, pues. Yo siempre entro en escena en el minuto decisivo. Es una costumbre a la que no dejo de ser fiel. Ya lo vería usted aquella noche: cuando Marescal la encerró, yo la salvé. Dos días después, en Niza, la salvo de Jodot. En Montecarlo y en Santa María vuelvo a salvarla de Marescal. Ahora mismo, ¿no me he presentado? Entonces, ¿a qué temer? Todo ha terminado. No tenemos otra cosa que hacer sino irnos tranquilamente, antes de que lleguen los dos pozontes y de que los soldados de infantería sitien la casa. ¿Verdad, Rodolfo, que no tienes ningún inconveniente en ello? ¿Verdad que la señorita está en libertad? ¿Verdad que te encanta este desenlace, muy acorde con tu espíritu justiciero y cortés? Vamos, Aurelia.

Aurelia echó a andar tímidamente, porque imaginaba que la batalla aun no se había ganado. Efectivamente: en el umbral de la puerta se irguió, inexorable, Marescal. Brégeac se le unió. Ambos hacían causa común contra el rival que triunfaba...

XI

SANGRE...

RAÚL se les acercó y, desdeñando a Brégeac, dijo tranquilamente al comisario:

—La vida parece muy complicada porque solamente la vemos mediante destellos inesperados. Eso ocurre con el asunto del rápido. Está tan enmarañado como un folletín. Los hechos estallan por casualidad, estúpidamente, como petardos que reventaran en el orden en que se les ha dispuesto. Pero un espíritu lúcido los pone en su sitio, de manera que todo resulte lógico, sencillo, armónico, natural como una página de historia. Esa página de historia es la que acabo de leerle, Marescal. Ahora ya conoces la aventura y sabes que Aurelia d'Asteux es inocente. Deja que se vaya.

Marescal frunció el ceño.

—No.

—Deja las terquedades, Marescal. Fíjate en que no bromeo, en que hablo seriamente. Lo único que te pido es que reconozcas tu error.

—¿Mi error?

— ¡Claro! La señorita no ha matado a nadie por la sencilla razón de que no fué cómplice, sino víctima.

El comisario dijo sarcásticamente:

— Y si no ha matado, ¿por qué ha huído? Admito la fuga de Guillermo. Pero, ¿la de ella?... ¿Qué ganaba huyendo?... Además, ¿por qué no ha hablado? Al principio, entre quejas, suplicó a los gendarmes: «Quiero hablar con el juez, quiero contárselo...» Pero luego, ¡silencio!

— La objeción, Marescal, es importante— confesó Raúl—. Yo también he sido frecuentemente desconcertado por la obstinación de ese silencio, no alterada ni conmigo, que la socorría y que hubiera recibido un buen auxilio para mis investigaciones con su confesión. Pero sus labios permanecieron cerrados. Y solamente aquí, en esta casa, he resuelto el problema. Era preciso. Lee, Marescal, esta frase que figura entre las instrucciones que a la hora de su muerte le dejó su madre, la cual no se hacía ilusiones sobre Brégeac: *«Aurelia: pase lo que pase y cualquiera que sea la conducta de tu padrastro, no lo acuses jamás. Dejándolo, aunque tengas que sufrir por él, aunque sea culpable. Yo he llevado su nombre.»*

Marescal objetó:

— ¡Pero si ella ignoraba el crimen de Brégeac! Y aunque lo hubiera sabido, ese crimen no tiene nada que ver con lo del rápido. Brégeac, por tanto, no podía andar mezclado en ello.

— Sí.

— ¿Por medio de quién?

— Por medio de Jodot.

— ¿Qué lo prueba?

— Las confidencias que me ha hecho la madre de Guillermo, o sea la viuda de Ancivel, a la que he visto en París, donde vive, y a la que he pagado espléndidamente una declaración escrita de todo cuanto sabe respecto al pasado y al presente. Su hijo le ha dicho que en el departamento del rápido, frente a la señorita, cerca de los dos hermanos muertos y luego de arrancarse el antifaz, Jodot juró, alargando el puño: «¡Aurelia! Si dices una palabra de esto, si hablas de mí, si me detienen, contaré aquel crimen. Brégeac fué quien mató a tu abuelo D'Asteux.» Esa amenaza, repetida después en Niza, fué lo que trastornó a Aurelia d'Asteux, reduciéndola al silencio. ¿He contado exactamente la verdad, señorita?

La joven murmuró:

— Exactamente.

— Por tanto, Marescal, ese silencio que te producía sospechas, es, por el contrario, una prueba en su favor. Te pido por segunda vez que la dejes marchar.

— No—dijo Marescal, golpeando el suelo con el pie.

— ¿Por qué?

La cólera de Marescal se desencadenó súbitamente.

— ¡Porque quiero vengarme! ¡Quiero el escándalo! ¡Quiero que se sepa la fuga con Guillermo, la detención, el crimen de Brégeac, todo! ¡Quiero deshonrarla y avergonzarla! ¿No me ha rechazado? ¡Pues que lo pague! ¡Y que lo pague Brégeac también! Tú has

sido bastante infeliz para proporcionarme detalles que me faltaban. Con ellos tengo cogidos a Brégeac y a la pollita mejor aún de lo que me figuraba... ¡Y a Jodot! ¡Y a los Ancivell! ¡Ni uno solo escapará! Y Aurelia está en el lote...

Deliraba de cólera y cubría la puerta con su alto cuerpo. En el rellano se oía a Labonce y a Tony.

Raúl había cogido de la mesa el trozo de papel sacado de la botella y en el que se leía la inscripción: «Marescal es un idiota». Lo desplegó negligentemente y entrególo al comisario.

—Toma; ponle un marquito y cuélgalo a la cabecera de tu cama.

—Gasta todas las guasitas que te vengan en ganas—profirió el otro—. Nada impedirá que estés en mi poder. La verdad es que ya me has hecho pasar muy malos tragos. ¡Je, je! ¿Y el timito del cigarrillo? ¿Quiere hacer el favor de darme fuego? ¡Sí, hombre, yo te daré fuego para que puedas fumar toda tu vida en presidio! ¿Crees que a fuerza de luchar contra ti no he llegado a comprender tu disfraz? ¿Crees que no sé quién eres? ¿Crees que no tengo todas las pruebas necesarias para desenmascararte? Mira, Aurelia, a tu enamorado galán. Y si quieres saber quién es piensa en el rey de los estafadores, en el más *gentleman* de los ladrones, y sabe que, en fin de cuentas, el barón de Limézy, falso noble y falso explorador, no es otro que...

Se interrumpió. Llamaban abajo. Eran Philippe y los dos polizontes. No podían ser otros.

Marescal se frotó las manos y lanzó un intenso suspiro.

—Me parece que ha llegado tu hora, Lupin... ¿Qué opinas?

Raúl miró a Aurelia. No pareció causarle gran efecto el nombre de Lupin. Escuchaba con angustia los ruidos del exterior.

—¡Pobre señorita de los ojos verdes!— exclamó Raúl—. Su fe todavía no es perfecta. ¿Por qué diablos se ha de preocupar con el tal Philippe?

Entreabrió el balcón y, dirigiéndose precisamente a uno de los que estaban en la acera, precisamente debajo de él, dijo:

—¿Es Philippe? De la Prefectura, ¿verdad?... Oiga, compañero. Tengo que decirle dos palabras, sin que se enteren sus tres polizontes. (¡Son tres, caramba!) ¿No me reconoce? Soy el barón de Limézy. ¡Aprisa! Marescal le espera.

Cerró el balcón.

—Eso marcha, Marescal. Cuatro por un lado y tres por otro, pues no cuento a Brégeac, que parece desinteresarse de la aventura. Son, pues, siete de pelo en pecho que no tienen conmigo ni para empezar. ¡Estoy estremecido! Y la señorita de los ojos verdes también.

Aurelia se limitó a sonreír, pues no pudo más que musitar sílabas ininteligibles.

Marescal esperaba en el rellano. La puerta del vestíbulo fué abierta. Subieron pasos precipitados. Pronto tuvo Marescal a su disposición, como si esperaran la carnaza, como si estuvieran a punto de desencadenarse, seis hombres. Luego de darles órdenes en voz baja, entró con la cara radiante.

—Nada de batallas inútiles... ¿Verdad, barón?...

—Nada de batallas, marqués. Me viene muy cuesta arriba la idea de matar a los siete. Por el número me parecería yo a Barba Azul.

—¿Me sigues, pues?

—Hasta el fin del mundo.

—¿Incondicionalmente?

—No; con una condición. Me has de alimentar bien.

—Conforme: pan seco, galleta de perros y agua—bromeó Marescal.

—No—dijo Raúl.

—Entonces, ¿quieres tu menú?

—El tuyo, Rodolfo: merengues de Chantilly, bizcochos al ron y vino de Alicante.

—¿Qué estás diciendo?—preguntó Marescal, sorprendido e inquieto.

—Una cosa muy sencilla. Que me invites a tomar el te y aceptaré sin cumplidos. ¿No tienes ninguna cita a las cinco?

—¿Una cita?—repitió Marescal, cada vez más desconcertado.

—Sí... Haz memoria... En tu casa... O, mejor dicho, en tu pisito de la calle de Duplan... ¿No ves allí todas las tardes y obsequias con merengues mojados en Alicante a la mujer de tu?...

—¡Silencio!—murmuró Marescal, completamente lívido.

Perdía todo su aplomo; ya no tenía ganas de bromear.

—¿Por qué quieres que guarde silencio?—preguntó Raúl ingenuamente—. Bueno. ¿Me invitas o no? ¿Quieres presentarme a?...

—¡Silencio! ¡Silencio!—repitió Marescal.

Fué hacia sus hombres y habló a solas con Philippe.

—Espera un instante, Philippe, porque hay que ultimar algún detallito. Y aleja a los agentes, para que no puedan enterarse.

Cerró la puerta, se acercó a Raúl y le dijo, mirándole de hito en hito, pero con voz apagada por desconfianza respecto a Brégeac y Aurelia:

—¿Qué significa todo eso? ¿Dónde quieres ir a parar?

—A ningún sitio.

—¿Y esa alusión?... ¿Cómo sabes?...

—¿Cómo sé la dirección de tu pisito y el nombre de tu buena amiga? Me ha bastado con hacer contigo lo que he hecho con Brégeac, con Jodot y compañía, o sea una información discreta de tu vida íntima: información que me ha llevado hasta un misterioso pisito, coquetamente amueblado, donde recibes a señoras guapas. Sombra, perfumes, flores, vino dulce, divanes profundos como tumbas... ¡El Edén de Marescal!...

—¿Acaso no tengo derecho a ello?—masculló el comisario—. ¿Qué tiene que ver eso con tu detención?

—No tendría que ver nada si, desgraciadamente, no hubieras cometido la gansada (propia, al fin y al cabo, de un tonto) de escoger ese santuario de Cupido para guardar las cartas de esas señoras.

—¡Mientes! ¡Mientes!

—Si mintiese no tendrías el color de chivía que tienes.

—Concreta.

—En un armario hay un cofre secreto. En

el cofre secreto, una cajita. En la cajita, lindas cartas de mujer atadas con cintas de color. Con ellas se puede comprometer a dos docenas entre señoras de la buena sociedad y actrices cuya pasión por el bello Marescal se ostenta sin la menor cortapisa. Citaré alguna. La señora del fiscal B... La señorita X, de la Comedia Francesa... Y, sobre todo, la digna esposa, un poco madura, pero aun presentable, de....

— ¡Calla, miserable!

— Miserable—dijo Raúl tranquilamente—es quien aprovecha su buena figura para obtener protección y ascensos.

Marescal, con aire torvo y la cabeza inclinada, dió dos o tres vueltas a la habitación. Después se acercó nuevamente a Raúl y le dijo:

— ¿Cuánto?

— No entiendo...

— ¿Cuánto quieres por esas cartas?

— Treinta dineros, como Judas.

— En serio. ¿Cuánto?

— Treinta millones.

Marescal trepidaba de impaciencia y rabia. Raúl, riendo, le dijo:

— No eches bilis, Rodolfo, porque soy un buen chico y me eres simpático. No te pido un céntimo por tu literatura cómico-amorosa. Eso no se paga. ¡Como que hay para divertirse durante meses y meses! Exijo....

— ¿Qué?

— Que depongas las armas, Marescal, con la consiguiente tranquilidad absoluta para Aurelia y para Brégeac y hasta para Jodot y los Ancivel, de los cuales me encargo. Como to-

do este asunto, desde el punto de vista político está gestionado personalmente por ti, como no hay ninguna prueba real ni ningún indicio serio, abandónalo para que así sea sobreseído.

— ¿Y me devolverás las cartas?

— No; las guardaré como rehenes. Cuando no te portes bien, publicaré algunas clara y crudamente. ¡Tanto peor para ti y para tus bellas amigas!

Gotas de sudor resbalaban por la frente del comisario, que pronunció:

— He sido traicionado.

— Quizá.

— ¡Sí, sí! Traicionado por *ella*. Hace algún tiempo noté que me espiaba. Y gracias a ella has llevado la cuestión donde querías, has sido recomendado por su marido y te has colocado junto a mí.

— ¿Qué le vamos a hacer? Son ardides de la guerra—repuso Raúl alegremente—. Si para combatir empleas tú medios tan poco limpios, ¿podía yo hacer otra cosa, tratándose de resguardar a Aurelia de tu odio abominable? Además, has sido muy simplín, Rodolfo. ¿Suponías que un sujeto de mi categoría iba a tumbarse a la bartola durante un mes, esperando los acontecimientos y tu conveniencia? El caso era que ya me habías visto trabajar en Beaucourt, en Montecarlo, en Santa María; y también habías visto cómo escamoteaba la botella y el documento. ¿Por qué no has tomado precauciones?

Le dió un golpecito en el hombro y añadió:

— ¡Vamos, Marescal, no te desanimes!

Cierto es que pierdes la partida; pero tienes la dimisión de Brégeac en el bolsillo y, como gozas de influencia, conseguirás el cargo prometido, lo cual significa un buen paso adelante. Ten la seguridad, Marescal, de que ya vendrán días mejores. Mas para ello tienes que desconfiar de las mujeres. Ni te sirvas de ellas para triunfar en tu profesión, ni te sirvas de tu profesión para triunfar sobre ellas. Dedicáte a los lances amorosos, si te place, y a los lances policíacos, si te viene en gana; pero no seas un galanteador policíaco, ni un policía enamorado. Y, como resumen, un buen consejo: si alguna vez encuentras a Arsenio Lupin en tu camino, sal por la tangente. Un policía puede demostrar así su buen sentido. Da las órdenes oportunas. Y adiós.

Marescal se recomía interiormente y retorció con la mano una de las puntas de la barba. ¿Cedería? ¿Se lanzaría sobre el adversario y llamaría a los agentes? «Una tempestad en un cráneo—pensó Raúl—. ¡Pobre Rodolfo! ¿Para qué resistir?»

Rodolfo resistió mucho tiempo. Era demasiado perspicaz para comprender que toda resistencia no haría más que agravar la situación. Obedeció, pues, como hombre que reconoce no tener otro remedio. Llamó a Philippe y habló con él. A continuación se fué Philippe llevándose a todos sus compañeros, incluso a Labonce y Tony. La puerta del vestíbulo fué abierta y vuelta a cerrar. Marescal había perdido la batalla.

Raúl se aproximó a Aurelia.

—Todo está arreglado, señorita; no tene-

mos más que marcharnos. Tiene la maleta abajo, ¿verdad?

La joven murmuró como si se despertara de una pesadilla:

—¿Es posible?... ¿No hay peligro de cárcel?... ¿Cómo lo ha conseguido?...

—¡Oh!—dijo alegremente—. De Marescal puede obtenerse cuanto se desea por la suavidad y el razonamiento. Es un buen muchacho. Déle la mano, señorita.

Aurelia, en vez de darle la mano, pasó de largo y muy seria, al mismo tiempo que Marescal se volvía de espaldas, apoyando ambos codos en la chimenea y la cabeza entre las manos.

La joven, al acercarse a Brégeac, vaciló un poco; pero parecía indiferente y adoptaba una actitud extraña, de la que Raúl hubo de acordarse.

—¡Una palabra!—dijo Raúl deteniéndose en el umbral—. Me comprometo ante Marescal y su padastro a llevarla a un refugio tranquilo donde no me vea durante un mes. Al mes iré a preguntarle cómo quiere disponer su vida. ¿De acuerdo?

—Sí—contestó ella.

—Entonces, ¡vámonos!

Y se fueron. En la escalera tuvo que sostenerla.

—Un automóvil está cerca de aquí—dijo Raúl—. ¿Podrá usted resistir una noche de viaje?

—¡Sí!—afirmó ella—. ¡Me da tanta alegría verme libre! —Pero en voz baja agregó: —¡Y tanta angustia!